

Redentor. Única desde la interminable falange de los números, que nos transporta á los solariegos escaños del infinito, pues sólo así nos imaginamos el infinito de Couturat, porque en efecto, basta comprender que después de un número sigue otro y así sucesivamente, para descubrir la inmensa genealogía de esa existencia apagada, pero de la cual todavía recibimos los últimos fulgores. Única desde las apolíneas formas de los griegos, hasta las pristinas alburas de la abstracción en el domeñado campo de las relaciones de Augusto Comte; única desde el soberbio constelaje de Descartes, hasta la cascada reverberante, en medio de la floración de mil colores que surgió del cerebro de un Newton ó de la cabeza de un Leibnitz. Siempre igual ó invariable, desde el suspiro hasta la lágrima; desde la tribulación hasta el contento; desde el dolor con su remache de negros crespones, hasta la estulticia de la soledad y la ausencia; desde la amargura con su plétórico haz de imprecaciones, hasta la velada consumación del desengaño; y la misma, desde el abrigantado pliegue de la nebulosa, hasta nuestro apagado y melancólico terruño; siempre igual, desde la materia que se transforma, hasta la energía que cambia de estado; desde Lucrecio hasta Euler; desde Lavoisier hasta Clausius; desde Balfour-Stewart hasta Jouffré; desde Viry hasta el inolvidable Verdet.

Ya en la Academia de Ciencias, publicó su Tratado de Dinámica, dando á conocer el principio tan fecundo que reduce á consideraciones de equilibrio, todas las leyes del movimiento, cuando los cuerpos movidos tienen forma finita, y que por otra parte, se los imagina ligados entre sí por hilos flexibles ó por varillas rígidas.

En el discurso que precede al mencionado tratado, se expresa así:

En el movimiento de un cuerpo lo que se distingue clara y distintamente es que recorre un cierto espacio empleando determinado tiempo en recorrerlo; por lo mismo, de esta